

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo I

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de septiembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz01.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

INTRODUCCION

Con frecuencia se me pedían, durante mi reciente permanencia en los Estados Unidos, informes respecto de la vida del general don Porfirio Díaz, con motivo de la celebridad que ha adquirido en el mundo civilizado, destinados ya para trabajos literarios, ya biográficos o ya de otro género. Con este motivo tuve ocasión de palpar la escasez de noticias exactas de la vida de una persona que ha desempeñado papel tan prominente en el país, y cuyo nombre es conocido en el mundo entero.

Sus biografías, escritas hasta hace poco, son más que deficientes. La de Mr. Hubert Howe Bancroft ¹, que es la más extensa, tampoco llena el objeto por contener serias inexactitudes, pues aunque Mr. Bancroft obtuvo datos auténticos para escribir su obra, como no está suficientemente familiarizado con la geografía y los detalles de la historia de México, sin embargo de haber escrito una de las más completas, incurrió en su "Vida de Porfirio Díaz" en equivocaciones verdaderamente lamentables en un hombre de su reputación literaria y en un trabajo de las condiciones del suyo. Además, deslumbrado por las brillantes hazañas del general Díaz, presenta como méritos los mismos errores que ha cometido en su vida pública, porque no hay hombre que esté libre de ellos.

En una ocasión que hablé sobre este asunto con el general Díaz, para rectificar ciertos apuntes biográficos preparados por una escritora norteamericana, que los había sometido a mi corrección, le manifesté la conveniencia y aun necesidad de que él mismo proporcionara datos de su vida que completaran y rectificaran los que son generalmente conocidos, y con este motivo le propuse que cuando tuviera oportunidad, dictara a un estenógrafo

los rasgos principales de su carrera, con el objeto de poderlos reunir después en forma de Memorias, semejantes a las que han escrito personas que han ocupado en otros países una posición equivalente a la que él tiene en México, como por ejemplo, el general Ulyses S. Grant, en los Estados Unidos de América. El general Díaz aceptó mi indicación y se ocupó empeñosamente de este trabajo por varios días durante los meses de agosto y septiembre de este año. A poco de comenzar, se pensó en la forma que debería dársele. Pareció que tendría más autoridad y más mérito si conservaba la de Memorias, que si asumía la de biografía, y decidido por el primer extremo, continuó el general Díaz dictándolo con ese propósito².

La mayor parte de este libro ha sido dictada en mi presencia, y con ese motivo he tenido ocasión de admirar la feliz memoria del general Díaz para nombres, lugares y sucesos pues conserva un recuerdo claro, completo y vivísimo de los hechos principales y aun secundarios de su vida, y los refiere como si apenas hubieran pasado ayer. No tuvo necesidad para dictar sus Memorias, de consultar un solo libro o documento, y nunca vaciló en sus recuerdos. Sus facultades descriptivas son también muy notables pues refiere los sucesos en que ha tomado parte con tal claridad, que parece, a quien le oye, que los está presenciando. Su memoria no es, sin embargo, tan feliz tratándose de fechas; y una lista cronológica de cuarenta y seis de las principales batallas en que ha tomado parte, que conserva en su poder, fué el único apunte de que se sirvió al dictar sus Memorias.

Es posible que en las circunstancias en que este libro se ha escrito, y por no disponer del tiempo necesario para rectificar minuciosamente todos los hechos referidos en él, se hayan deslizado algunas inexactitudes; pero si así fuere, estoy seguro de que ellas recaerán sobre asuntos secundarios y en cuestiones de detalle, que en nada afectarán la veracidad ni el enlace de la narración. Por lo demás, creo que este trabajo puede calificarse de notable, teniendo en cuenta que se ha preparado, escrito e impreso en cosa de tres meses, y en circunstancias en que su autor no podía consagrarle sino pocos momentos, a causa de las muchas y muy graves ocupaciones de carácter público que reclamaban su atención, y a las que necesariamente tenía que dar preferencia.

Cuando el general Díaz refería en conversación familiar, los incidentes de su vida pública, sin esforzarse por hacer descripciones acabadas y sin notar que el taquígrafo tomaba lo que él decía, su dictado salía claro, preciso, correcto y muy interesante. Un ejemplo de esto son los cuatro

incidentes que refirió de esa manera, entre otros muchos, y que aparecen consignados en la nota a esta introducción, consignada en la página siguiente.

Aunque generalmente estas anécdotas no tenían relación especial con la política o la guerra, eran para mí de sumo interés, porque servían para caracterizar la época, a las personas de quienes hablaba y aun a sí mismo, pero por modestia no quiso consignarlas en sus Memorias. En muchos casos esos incidentes eran rasgos de valor y audacia de tal naturaleza, que se rehusó a que los tomara el taquígrafo, por considerarlos unas veces como elogios propios, y otras porque temía que no parecieran creíbles al lector. Con gusto habría yo recogido todos esos relatos, si él lo hubiera permitido, porque ellos podrían formar una historia anecdótica del general Díaz, acaso tan interesante como sus mismas Memorias³.

Conforme se iba avanzando en este trabajo, notaba yo que él adquiría un interés extraordinario y me parecía que se hacía un verdadero servicio a la Historia de México con llevarlo a cabo; y por este motivo y a pesar de las graves y arduas ocupaciones que tuvo el general Díaz durante el tiempo que dictó sus Memorias, me creí en el deber de animarlo con objeto de que por su parte, les consagrara el tiempo necesario para terminarlas.

La parte que he tomado en este trabajo ha sido relativamente secundaria, pues se ha reducido a dividirlo en capítulos y a llenar las fechas que no recordaba su autor, y que he tomado de los documentos públicos de la época, de las diferentes historias que se han escrito de México y de otros datos inéditos que estaban a mi alcance.

Considero tan interesante la relación hecha por el general Díaz de los sucesos históricos en que él ha figurado, que si de mí hubiera dependido, no la habría interrumpido con documentos, cuya inserción habría dejado para el apéndice que acompaña a este volumen y que contiene varios de interés; pero no quise insistir en esa indicación, entre otros motivos porque me pareció preferible que la obra saliera verdaderamente original y a completa satisfacción de su autor.

Es, en mi concepto, tal la importancia de este trabajo que estoy seguro que sin consultarlo, no se podría escribir con exactitud la Historia contemporánea de México. El presentará, además, al general Díaz ante la opinión pública tal cual es él, pues a pesar del alto concepto en que generalmente se le tiene, me parece que no se le conoce bastante todavía y que no se le hace plena justicia, si he de juzgar de los demás, por lo que a mí me ha pasado. Yo soy probablemente de los que mejor le conocen y de los que con más

cuidado han seguido su vida pública, y yo mismo he quedado admirado y sorprendido al oírle referir varios episodios de su vida, unos porque me eran totalmente desconocidos y otros porque los había estimado mal, y no he llegado a comprenderlos debidamente sino cuando he oído sus razones y explicaciones.

Estas Memorias presentan al general Díaz bajo una nueva faz. Se le reconocían universalmente, desde el principio de su vida pública, las condiciones de hombre valiente, patriota, honrado y modesto, porque el testimonio de esas virtudes era tal que nadie podía negárselas; pero se le consideraba generalmente también, como de escaso talento y susceptible de ser fácilmente influenciado por quien estuviera cerca de él. Esta última opinión se rectificó hace tiempo, ante la evidencia de los hechos, que son más elocuentes que las palabras; pero no se rectificará por completo sino cuando se lean estas páginas, porque ellas demuestran que el general Díaz es, por el vigor de sus facultades mentales y por su fuerza de voluntad, uno de los hombres más notables que ha producido México.

Este cambio en la opinión que de él se ha tenido, ha ocasionado también que se haya creído por algunos que la influencia que sobre él se ha atribuido a algunas de las personas que han estado a su lado, fuera sólo aparente y con el objeto de hacer recaer en ellas responsabilidades, que de otra manera habrían pesado sobre él mismo; pero estoy seguro de que estas opiniones respecto del general Díaz se corregirán con la lectura de estas páginas, pues ellas revelan que lejos de ser un hombre vulgar, posee un profundo conocimiento del corazón humano; que sabe adaptarse a todas las condiciones y sacar gran partido de ellas; que no ha marchado al acaso, sino que ha tenido un propósito firme que ha guiado todos sus pasos; y que aun cuando haya cometido errores, ha sabido vencer todas las dificultades que se le han presentado, para conseguir los fines que se proponía alcanzar.

La vida del general Díaz, hasta el 21 de junio de 1867, en que ocupó la ciudad de México, me parece irreprochable, pues se forma de una serie verdaderamente admirable y casi legendaria, de servicios, victorias, peligros y sacrificios en favor del país. La campaña sostenida en Tehuantepec en 1858 y 1859, contrasta favorablemente con las epopeyas cantadas por los poetas más celebrados y la que comenzó con la acción de Nochistlán, el 28 de septiembre de 1866 y terminó con la ocupación de la ciudad de México, el 21 de junio de 1867, haría honor a los más afamados guerreros de los

tiempos antiguos y modernos. Pero no creo que pueda decirse otro tanto, de la parte posterior a ese período, sin que por esto desconozca yo los grandes servicios que ha prestado al país después de esa fecha. En mi concepto, tanto el movimiento revolucionario de la Noria como el de Tuxtepec, y especialmente el primero, fueron graves errores políticos, altamente perjudiciales así a la República, como al mismo general Díaz.⁴

Abrigo la profunda convicción, por mi conocimiento personal de las condiciones del señor Juárez y de su afecto, consideración y cariño por el general Díaz, de que si hubiera seguido de amigo suyo, probablemente no habría aceptado su candidatura en la elección presidencial que tuvo lugar en junio y julio de 1871, sino que habría propuesto y apoyado la del general Díaz, por quien tenía verdadero cariño y hasta admiración, y a quien consideraba el sucesor legítimo de su política y de su obra de redención, reforma y libertad.⁵ Pero aun suponiendo que esto no hubiera sido así, tengo también la firme creencia de que en la elección que se verificó en octubre de 1872, después de la muerte del señor Juárez, el general Díaz habría salido electo Presidente casi por unanimidad, y de esa manera habría regido los destinos del país cuatro años antes, por una sucesión constitucional y sin echar sobre su carrera, la nota de haber promovido dos revoluciones; sin la traba de los compromisos que tuvo que contraer con gente turbulenta y sin principios, que siempre acompaña a los revolucionarios, y sin verse en el caso desagradable de proclamar principios políticos y reformas económicas que no le fuera posible sostener en su conducta posterior, como Jefe del Estado, pues son muy diferentes las condiciones y responsabilidades de quien acaudilla una revolución y las de quien dirige la nave del Estado.

En efecto, cuando se tiene en cuenta que la elección presidencial verificada en junio y julio de 1871, en que hubo tres candidatos, el señor Juárez, el general Díaz y don Sebastián Lerdo de Tejada, el general Díaz sacó mayor número de votos que el mismo Juárez⁶, no obstante los grandes servicios que había prestado al país y de que era Presidente Constitucional durante la elección, se comprenderá fácilmente que muerto Juárez, todos los amigos suyos, que formaban el núcleo principal del partido liberal, habrían aclamado al general Díaz como su jefe natural y obligado, y que por consiguiente, su elección habría sido del todo segura.

El primer tomo de estas Memorias se imprime ahora confidencialmente en un número muy reducido de ejemplares numerados todos, que no pasan

de cien, con el propósito de que no salga todavía al público, por la posición delicada que guarda el general Díaz, y para circularlo solamente entre sus amigos personales, con el objeto de oír su opinión antes de determinar si saldrá o no a la luz, en vida de su autor.⁷

Si la primera parte de este trabajo ha tenido serias dificultades, son mucho mayores las que ofrece su continuación.

La circunstancia de no disponer por una parte del tiempo necesario para terminarlo en la forma en que se comenzó, y el peligro por otra, de herir la susceptibilidad de amigos a quienes se debe respetar, lo mismo que el deseo de ver la forma en que quede la parte concluída ya, y la impresión que ella produzca en sus amigos, entre quienes se circulará, determinaron al general Díaz a suspenderlo temporalmente al llegar a la ocupación de la ciudad de México, con el propósito de continuarlo más adelante bajo mejores auspicios; es decir, cuando acaso disponga de más tiempo que consagrarle, goce de más libertad de acción y guarde una posición menos delicada que la que hoy tiene. Aunque ahora no se presenta sino una parte, probablemente la mitad del trabajo, creo que tiene la suficiente importancia para que sea considerado como un servicio al país y como un valioso contingente para la Historia de la República.

México, octubre 18 de 1892.

M (atías) Romero.